

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, NUEVO LEÓN  
1995

#### IV

##### El hombre y sus obras

Mientras que Marat pasaba horas tan bien empleadas y filosofaba sobre la conciencia y la doble vista, otro filósofo se ocupaba también en la calle Platriere en reedificar pieza por pieza el edificio de la noche anterior, y examinaba su conciencia para saber si era ó no un grande culpable. Rousseau estaba meditando, con los brazos apoyados suavemente en una mesa y la cabeza pesadamente inclinada sobre el hombro izquierdo.

Delante de sí tenía abiertas unas obras de política y filosofía, el *Emilio* y el *Contrato social*.

De vez en cuando, cuando lo exigían sus ideas, se inclinaba para hojear aquellas dos obras que él sabía de memoria.

— ¡Dios mío! exclamó al leer un párrafo del *Emilio* sobre la libertad de conciencia. ¡Estas son unas frases incendiarias! ¡Qué filosofía, justo cielo! ¿Se ha visto jamás en el mundo un botafuegos como yo?

— ¡Cómo! añadió levantando las manos sobre la cabeza. ¿Soy yo quien ha proferido semejantes frases contra el trono, contra el altar y la sociedad?.....

Ya no me admiro que algunas pasiones sombrías y concentradas se hayan aprovechado de mis sofismas y se hayan extraviado en el sendero que yo les sembraba

de flores de retórica. He sido el perturbador de la sociedad.....

Y se levantó muy agitado y dió tres vueltas por el cuarto.

— He atacado á los depositarios del poder que ejercen la tiranía contra los escritores, dijo; he sido un loco y un bárbaro, pues esos depositarios del poder tienen mucha razón... ¿Qué soy yo sino un hombre peligroso para un Estado? He lanzado mis palabras so pretexto de ilustrar las cosas; y ahora digo que mis palabras son una antorcha que va á incendiar todo el universo.

— He sembrado discursos sobre la desigualdad en las condiciones, proyectos de universal fraternidad y planes de educación, y recojo por fruto, orgullos tan feroces que invierten el sentido de la sociedad, guerras intestinas capaces de dejar despoblado el mundo, y costumbres tan salvajes que atrasarían la civilización diez siglos... ¡Oh! soy muy criminal.

Y volvió á leer una página de su *Vicario Saboyano*.

— Sí, eso es: *Reunámonos para ocuparnos de nuestra dicha...* ¡Que yo haya escrito esto! *Demos á nuestras virtudes la fuerza que otros dan á sus vicios.* ¡También he escrito esto!

Y Rousseau se agitó más desesperado que nunca.

— De suerte, dijo, que por mi culpa se han reunido los hermanos con los hermanos, y cuando algún día sea invadido uno de esos subterráneos por la policía, cogerá á toda la bandada de esos hombres que juran comerse unos á otros en caso de traición, y no faltará uno más descarado que los demás que saque del bolsillo mi libro y diga: «¿De qué os quejáis? Nosotros somos adeptos del señor Rousseau, y seguimos un curso de filosofía.» ¡Oh! cómo se reirá de esto Vol-

taire! No haya miedo que á ese cortesano le atrapen en una madriguera por el estilo.

La idea de que Voltaire se burlaría de él enfureció en extremo al filósofo ginebrino.

— ¡ Yo metido á conspirador! murmuró; vamos, está visto que soy un niño. ¡ En verdad que hago muy buen conspirador!

Aquí llegaba cuando entró Teresa, sin que la viese, con el desayuno.

Teresa notó que leía atentamente un trozo de las *Meditaciones de un Solitario*, y dijo poniendo la leche caliente sobre el mismo libro:

— Bueno, el orgulloso se mira en su propio espejo. El señor Rousseau lee sus obras para admirarse á sí mismo.

— Vamos, Teresa, dijo el filósofo; déjame, que no estoy para risas.

— ¡ Oh! sí, eso es magnífico, ¿ no es verdad? repuso burlándose de él. ¡ Estás extasiado! ¿ Cómo es que los autores tienen tanta vanidad, á pesar de sus defectos, y nada nos pasan á nosotras las pobres mujeres? En cuanto se me antoja mirarme al espejo, ya me está riñendo el caballero y llamándome coqueta.

Y la tomó sobre este tema, apurando la paciencia á Rousseau, como si éste no hubiese recibido ricos dones de la naturaleza para poder hacer lo que estaba haciendo.

Por lo demás, se bebió la leche sin mojar pan, y parecía que rumiaba.

— ¡ Bueno! estáis reflexionando, dijo Teresa, sin duda vais á componer alguna otra obra atestada de infamias.....

Rousseau se estremeció.

— Estáis pensando en vuestras mujeres ideales, y escribís obras que las jóvenes no se atreverán á leer;

ó profanaciones que serán quemadas por la mano del verdugo.

El mártir se volvió á estremecer, porque el golpe de Teresa era certero.

— No, replicó, no volveré á escribir nada que dé lugar á malos pensamientos... Al contrario, quiero escribir una obra que toda persona honrada ha de leer con transportes de alegría.

— ¡ Oh! ¡ oh! exclamó Teresa recogiendo la taza, tienes la imaginación muy llevada de ideas oscuras para hacer eso. Sin ir más lejos, el otro día te oí leer un pasaje de no sé qué obra, y hablabas de mujeres á quienes adoras... ¡ Tú eres un sátiro, un mago!

La palabra mago era una de las injurias más espantosas del vocabulario de Teresa, y Rousseau se estremecía siempre que la oía.

— Ya verás, amiga mía, ya verás como quedas contenta... Voy á escribir un libro para probar que he descubierto un medio de regenerar el mundo sin causar el menor mal á ninguno con los cambios que se operen. Sí, sí, voy á madurar este proyecto. ¡ No más revoluciones, Dios mío! ¡ Teresa, no quiero más revoluciones!

— Allá lo veremos, dijo Teresa; ¡ calla! están llamando.

Teresa volvió al cabo de un momento con un hermoso joven á quien rogó esperase en la antesala.

Luego, entrando en el cuarto de Rousseau, que se había puesto ya á tomar notas con un lápiz, le dijo:

— Date prisa á ocultar todas esas infames obras, porque está ahí uno que quiere verte.

— ¿ Quién es?

— Un señor de la corte.

— ¿ No te ha dicho su nombre?

— ¡ Buena soy yo para recibir á quien no conozco!

— Entonces dí quién es.

— El señor de Coigny.

— ¡El señor de Coigny! repuso Rousseau. ¡El señor de Coigny, gentilhombre de monseñor el Delfín!

— Ese debe ser, es un joven hermoso y muy amable.

— Dile que soy con él al momento, Teresa.

Rousseau se echó una ojeada al espejo, cepilló su casaca, limpió sus chinelas, que eran unos zapatos viejos gastados por el uso, y salió al comedor, en donde le aguardaba el gentilhombre.

Este no se había sentado; lo que hacía era mirar con una especie de curiosidad los vegetales secos que Rousseau había pegado sobre papel y colocado formando orlas sobre madera negra.

Al oír la puerta vidriera se volvió, y saludando con suma cortesía, dijo:

— ¡Tengo el honor de hablar con el señor Rousseau?

— Sí, señor, respondió el filósofo con un tono áspero, que no excluía una especie de admiración á la notable hermosura y elegancia sin afectación de su interlocutor.

Efectivamente, el señor de Coigny era uno de los hombres más hermosos y amables de Francia, pudiendo decirse sin ningún género de duda que para él se había inventado el traje que se gastaba en aquella época. Si, seguramente se ideó para que brillasen la finura y perfecto contorneado de su pierna, para mostrar en toda su graciosa amplitud sus hombros y su elevado pecho, para dar un aire majestuoso á su cabeza tan bien puesta, y la blancura del marfil á sus lindas manos,

Este exámen satisfizo á Rousseau, quien, á fuer de verdadero artista, admiraba lo bello en cualquier parte donde lo encontraba.

— ¿En qué puedo servirlos, caballero? le dijo.

— Ya os habrán dicho que soy el conde de Coigny, y á eso añado yo que vengo de parte de la señora Delfina.

Rousseau hizo un saludo, poniéndose como una grana, y Teresa, que se hallaba en un ángulo del comedor, con las manos metidas en los bolsillos de su falda, contemplaba con halagüeños ojos al hermoso mensajero de la princesa más grande de Francia.

— ¿Y qué quiere de mí S. A. R.?... dijo Rousseau; pero tomad asiento si gustáis, caballero.

Rousseau se sentó, y el señor de Coigny tomó una silla de paja é hizo lo mismo.

— El hecho es este, dijo; el otro día, comiendo S. M. en Trianón, manifestó alguna simpatía por vuestra música, que es encantadora. S. M. cantó vuestras mejores melodías, y la señora Delfina, que procura agradar en todo á S. M., ha pensado sería para el rey un placer ver representar en Trianón una de vuestras óperas cómicas...

Rousseau hizo un saludo profundo, y el gentilhombre continuó:

— Vengo, pues, á pedirlos de parte de la señora Delfina....

— ¡Oh! interrumpió Rousseau, mi permiso para nada hace al caso. Mis piezas y las arietas que forman parte de ellas pertenecen al teatro que las ha representado; de consiguiente hay que pedir permiso á los cómicos, que estoy seguro no tendrán el menor reparo en dárselo á S. A. R., pues se tendrán por muy dichosos en representar y cantar en presencia de S. M. y de toda la corte.

— No es eso precisamente lo que estoy encargado de pedirlos, caballero, repuso el señor de Coigny. S. A. R. la señora Delfina quiere dar al rey una diver-

sión más completa y más rara. Sabe todas vuestras óperas...

Rousseau saludó de nuevo.

— Y las canta muy bien.

Rousseau se mordió los labios y dijo tartamudeando :

— Me hace mucho honor.

— Pues bien, prosiguió el señor de Coigny, como muchas damas de la corte son excelentes músicas y cantan admirablemente, y hay también gentileshombres que se ocupan de la música con bastante buen éxito, la ópera que la señora Delfina escogiese entre las vuestras, sería ejecutada por esa sociedad de gentileshombres y damas, cuyos principales actores serían SS. AA. RR.

Rousseau dió un brinco en su silla y dijo :

— Os aseguro, caballero, que es para mí un insigne honor, y os suplico que deis en mi nombre mis humildísimas gracias á la señora Delfina.

— Aun hay más, caballero, dijo el señor de Coigny sonriendo.

— ¡ Ah !

— Verdad es que la compañía arreglada de ese modo es más ilustre que la otra, pero también es menos experimentada, y son indispensables la presencia y los consejos del maestro, porque es preciso que la ejecución sea digna del augusto espectador que ha de ocupar el palco del rey, y también del ilustre autor.

Rousseau se levantó para saludar, porque este último cumplimiento le había agradado sobremanera; por consiguiente saludó con mucho agrado al señor de Coigny.

— Para ello, continuó el gentilhomme, os ruega S. A. R. que tengáis la bondad de ir á Trianon, á fin de dirigir el ensayo general de la ópera.

— ¡ Oh ! exclamó Rousseau, ¡ S. A. R. no lo ha pensado bien !... ¡ Yo ir á Trianon !

— ¿ Qué inconveniente hay ? dijo el señor de Coigny con la mayor naturalidad.

— Caballero, replicó Rousseau, vos sois un hombre de gusto y de talento; tenéis el tacto más fino que otros. Ahora bien, respondedme con la mano puesta sobre el corazón: Rousseau el filósofo, Rousseau el proscrito, Rousseau el misántropo en la corte, ¿ no es para hacer reventar de risa á toda la pandilla ?

— No veo, caballero, dijo el señor de Coigny con frialdad, porqué han de turbar el sueño de un hombre tan fino como vos, de un escritor que puede pasar por el primero del reino, las risas y burlas de los necios que os persiguen. Si tenéis esa debilidad, señor Rousseau, tratad de ocultarla, porque ella sola daría que reír á no pocos. En cuanto á lo que se diga, me confesaréis que no debe uno ocuparse de eso cuando se trata de dar gusto á una persona como S. A. R. la señora Delfina, heredera presunta de la corona de Francia.

— Seguramente, dijo Rousseau, seguramente.

— ¿ Será tal vez, dijo M. de Coigny sonriéndose, por un resto de mentida vergüenza ? ¿ Teméis humanizaros porque habéis tratado con severidad á los reyes ? ¡ Ah ! señor Rousseau, habéis dado lecciones al género humano, y supongo que no lo aborrecéis... Por otra parte, ¿ no exceptuáis de vuestro odio, caso de que lo tengáis, á una dama que es de la sangre imperial ?

— Caballero, me instáis con mucha gracia, pero reflexionad cuál es mi posición; yo vivo retirado, solo y desgraciado.

Teresa hizo un gesto y dijo :

— ¡Muy desgraciado!... ¡Vaya si es descontentadizo el señor!

— Por más que haga, siempre aparecerá en mi rostro y modales un rastro desagradable á los ojos del rey y las princesas, que sólo buscan la alegría y el contento. ¿Qué diría á esto?... ¿Qué haría?

— Cualquiera diría que dudáis de vos mismo; ¿pues qué, el que ha escrito la *Nueva Eloísa* y las *Confesiones*, no tiene más talento para hablar y obrar que nosotros todos?

— Os aseguro, caballero, que me es imposible....

— Esa palabra no la conocen los príncipes.

— Por eso precisamente me quedaré en mi casa.

— Señor Rousseau, creo que al temerario mensajero que se ha encargado de satisfacer los deseos de la señora Delfina, no le causaréis el disgusto mortal de tener que volverse á Versalles avergonzado y vencido; esto lo sentiría tanto que se desterraría al instante. Vamos, querido Rousseau, haced por mí, por un hombre que tiene una simpatía profunda por todas vuestras obras, lo que vuestro gran corazón negaría á reyes que os lo pidiesen.

— Vuestra extremada amabilidad me encanta, caballero; vuestra elocuencia es irresistible, y tenéis una voz que me conmueve en extremo.

— ¿Es decir que os ablandáis?

— No, no puedo... terminantemente digo que no; mi salud se opone á emprender un viaje.

— ¡Un viaje! Estáis engañado, señor Rousseau, pues en carruaje se llega en hora y cuarto.

— Pero vos tenéis caballos magníficos.

— Todos los caballos de la corte están á vuestra disposición, señor Rousseau. Estoy encargado por la señora Delfina de deciros que tenéis un cuarto preparado en Trianón, porque no quiere regreséis tan tarde

á París. Además el señor Delfin, que sabe de memoria todas vuestras obras, ha dicho delante de su corte que tenía gusto en enseñar en su palacio el cuarto que el señor Rousseau hubiere ocupado.

Teresa lanzó un grito de admiración, no por Rousseau, sino por aquel príncipe tan bondadoso.

Rousseau no pudo resistir á esta última muestra de benevolencia.

— Preciso es pues que me rinda, dijo, porque jamás he sido tan bien atacado.

— Se ataca á vuestro corazón, caballero, replicó el señor de Coigny, porque en cuanto al entendimiento seriais inexpugnable.

— Iré pues, caballero, á satisfacer los deseos de S. A. R.

— ¡Oh! señor Rousseau, recibid un millón de gracias de mi parte; por lo que toca á la señora Delfina, permitidme que me abstenga de dáros las en su nombre, porque me reconveniría por haberme anticipado, puesto que ella quiere darlas personalmente. Además, ya sabéis que al hombre toca manifestar su gratitud á una mujer joven y adorable que le pide un favor.

— Verdad es, caballero, replicó Rousseau sonriendo, pero los viejos tienen el privilegio de las mujeres bonitas; hay que rogarles.

— Señor Rousseau, tened la bondad de decirme la hora, para que os envíe mi carroza, ó más bien para que venga yo mismo á buscaros.

— En cuanto á eso, no, caballero, dijo Rousseau. Iré á Trianón, pero dejadme de vaya á pie y á mi antojo, y desde este momento no os cuidéis más de mí. Señaladme la hora, y no dejaré de ir.

— ¡Cómo! ¿no queréis que sea vuestro introductor? Verdad es que no merezco tanta honra, y que un

nombre como el vuestro se anuncia bien por sí solo.

— Caballero, sé que sois en la corte más que yo en ningún sitio del mundo, y de consiguiente no rehúso vuestra oferta por lo que atañe á vuestra persona, sino porque me gusta obrar á mis anchuras; quiero ir á Trianón como si fuese á paseo, y en fin... tal es mi ultimátum.

— Inclino, pues, la cabeza, y me guardaría muy bien de disgustaros en nada de este mundo. El ensayo empieza esta tarde á las seis.

— Muy bien, á las seis menos cuarto estaré en Trianón.

— ¿ Pero por qué medios ?

— Eso es cosa mía; he aquí mis carruajes.

Y enseñó la pierna bien formada todavía, y que calzaba con una especie de pretensión.

— Vais á andar cinco leguas, dijo el señor de Coigny consternado; mirad que os vais á estropear, y á pasar una mala noche.

— En ese caso también tengo carruaje y caballos; carruaje fraternal, carroza popular, que lo mismo es del vecino que mía, como el aire, el sol y el agua; carroza que cuesta quince sueldos.

— ¡ Ay! Dios mío, el patache! me estremezco al pensarlo!

— Las banquetas, que á vos os parecen tan duras, son para mí un asiento de sibarita, figurándome que están rellenas de pluma ó de hojas de rosa. Conque hasta la tarde, caballero, hasta la tarde.

Viendo el señor de Coigny que le despedían, tomó su partido; y después de repetir las gracias y hacer varias indicaciones más ó menos precisas para que aceptara sus servicios, bajó la oscura escalera, acompañado de Teresa hasta la puerta y de Rousseau hasta la meseta

El señor de Coigny entró en su coche, que le esperaba en la calle, y se volvió á Versalles, sonriéndose allí para sí.

Teresa cerró la puerta con un humor de todos los diablos, lo cual hizo presagiar á Rousseau la tormenta que se preparaba.

V

El adorno de Rousseau

Así que salió el señor de Coigny, Rousseau, cuyas ideas había trastornado aquella visita, se sentó en un pequeño sillón exhalando un suspiro, y dijo con tono lánguido :

— ¡ Ah, qué fastidio ! ¡ Cuánto me fatiga la gente con sus persecuciones !

Teresa, que entraba á la sazón, cogió al vuelo estas palabras, y poniéndose enfrente de Rousseau, dijo :

— ¡ Qué orgulloso estás !

— ¡ Yo orgulloso ! exclamó Rousseau sorprendido.

— Sí, ¡ eres un vanidoso, un hipócrita !

— ¿ Yo ?

— Sí, tú. ¡ Estás loco de contento, porque vas á la corte, y ocultas tu alegría bajo una aparente indiferencia !

— ¡ Dios mío ! exclamó Rousseau encogiéndose de hombros, y humillado al ver que le conocían tan bien.

— No trates de hacerme creer que no es un grande honor para tí el hacer oír al rey las melodías que tocas en tu manucordio como un holgazán que eres.

Rousseau miró á su mujer con ojos airados y dijo :

— Eres una tonta ; un hombre como yo no recibe ningún honor en presentarse delante de un rey. ¿ Á qué debe un rey el ocupar un trono ? Á un capricho de la naturaleza que le ha hecho nacer de una reina,

pero yo soy digno de ser llamado á la presencia del rey para recrearlo, y este honor lo debo á mi trabajo y al talento que con él he adquirido.

Teresa no era mujer que se dejara vencer tan fácilmente.

— Mucho me alegraría de que el señor de Sartines te oyese hablar de ese modo, porque no dejaría de tener un calabozo en Bicetre ó una jaula en Charentón.

— Porque ese señor de Sartines, replicó Rousseau, es un tirano pagado por otro tirano, y el hombre con su solo genio no puede defenderse contra los tiranos ; pero si el señor de Sartines me persiguiese...

— Si te persiguiese, ¿ qué ? replicó Teresa.

— ¡ Ah ! sí, dijo suspirando Rousseau, sé que mis enemigos se alegrarían en el alma.

— ¿ Y por qué tienes enemigos ? dijo Teresa. Porque eres malo, y has atacado á todo el mundo. ¡ Ah ! el señor de Voltaire tiene amigos ! eso nadie lo duda.

— Verdad es que los tiene, respondió Rousseau con una sonrisa angelical.

— Pero ¿ qué quieres ? para eso es caballero el señor Voltaire ; para eso es amigo del rey de Prusia, y tiene caballos, y es rico, y tiene un palacio en Ferney... Y todo esto lo debe á su mérito... Así es que cuando va á la corte no se las echa de desdenoso y está como en su casa.

— ¿ Y crees tú, dijo Rousseau, que yo no estaré allí como en la mía ? ¿ Crees que no sé de dónde sale todo el dinero que allí se gasta, y que me dejo engañar por los respetos que allí se tributan al soberano ? ¡ Eh ! buena mujer, que todo lo juzgas á tontas y á locas, ten entendido que si me las echo de desdenoso, es porque miro con desdén ; que si miro con desdén el lujo de los cortesanos, es porque han robado ese lujo.

— ¡Robado! dijo Teresa con una indignación inexplicable.

— ¡Sí, robado! á tí, á mí, á todo el mundo. Todo el oro que llevan en sus trajes debería repartirse entre los desgraciados que no tienen pan; y he aquí porque yo, que pienso en todo esto, voy con repugnancia á la corte.

— Yo no digo que el pueblo sea dichoso, dijo Teresa; pero al fin el rey es rey.

— Por eso mismo le obedezco; ¿qué más quiere, pues?

— ¡Ah! obedeces porque tienes miedo; así no me digas que vas á una parte á disgusto y que eres un hombre valiente, porque te contestaré que eres un hipócrita y que te gusta eso.

— Yo no tengo miedo á nada, dijo Rousseau con soberbia.

— ¡Bueno! vé á decir al rey la cuarta parte de lo que decías en este momento.

— Lo haré seguramente, si me parece oportuno.

— ¿Tú?

— ¡Sí, yo! ¿Me has visto retroceder nunca?

— ¡Bah! Y no te atreves á quitar á un gato un hueso que esté royendo, por miedo de que te arañe... ¿Qué será, pues, cuando te veas rodeado de guardias y gente que ciñe espada?... Ya sabes que te conozco, como si te hubiera parido... Ahora te afeitarás, te perfumarás y te pondrás hecho un Adonis; te calzarás perfectamente, tratarás de mover los ojos de un modo interesante, porque los tienes muy chicos y redondos, y si los abrieras naturalmente, se verían, mientras que guiñándolos das á entender que son tan grandes como una puerta cochera; me pedirás las medias de seda, te pondrás la casaca color de chocolate con botones de acero, y la peluca nueva; alquilarás un coche, y mi

filósofo irá á hacerse adorar de las damas... y mañana, ¡ah! mañana estará lánguido, extasiado: porque te habrás enamorado, y escribirás rengloncitos suspirando, y regarás el café con lágrimas. ¡Oh! cómo te conozco!

— Te equivocas, querida mía, dijo Rousseau. Te repito que me hago una violencia en ir á la corte, y si voy, es porque temo el escándalo, como debe temerlo todo ciudadano honrado. Además, yo no soy de los que se niegan á reconocer la supremacía de un ciudadano en una república; pero en cuanto á anticiparme yo y hacer la corte, en cuanto á rozar mi casaca nueva contra las lentejuelas de esos señores... ¡eso sí que no! No lo haré jamás, y si me coges en esa falta, te autorizo para que te burles de mí á tus anchuras.

— Según eso, ¿no piensas vestirme? dijo Teresa.

— No.

— ¿No pondrás tu peluca nueva?

— No.

— ¿No guiñarás tus ojillos?

— Te digo que iré á la corte como un hombre libre, sin afectación y sin miedo; iré como si fuese al teatro, y yo me cuido poco de parecer bien ó mal á los cómicos.

— ¡Oh! á lo menos te afeitarás, porque tienes unas barbas de media cuarta, dijo Teresa.

— Te repito que no alteraré nada de como estoy.

Teresa prorrumpió en unas carcajadas tan fuertes, que aturdió á Rousseau, el cual se refugió en el cuarto inmediato.

La buena mujer no había agotado aun sus persecuciones, pues las tenía de todas clases y colores.

Sacó del armario el traje de ceremonia, camisa y corbata limpias, y los zapatos perfectamente lustrados



con clara de huevo, y lo extendió todo sobre la cama y las sillas del cuarto de Rousseau.

Pero éste pareció no prestar ninguna atención á aquella maniobra, por lo que le dijo Teresa:

— Vamos, ya es tiempo de que te vistas... porque lleva mucho tiempo el vestirse para ir á la corte... y no tendrás tiempo para llegar á Versalles á la hora indicada.

— Ya te he dicho, Teresa, replicó Rousseau, que me hallo bien así. Este es el traje con que me presento diariamente á mis conciudadanos, y un rey no es otra cosa que otro ciudadano como yo.

— Vamos, vamos, dijo Teresa para tentarle y hacer que cediera por buenas á sus deseos, no te enfades, Jacobo, y no hagas una tontería... Ahí tienes tu ropa, y la navaja de afeitar está lista, y por si estás atacado de los nervios, ya he mandado llamar al barbero.

— Gracias, querida, respondió Rousseau. No haré más que pasarme el cepillo por la ropa, y ponerme los zapatos, porque no es decente salir en chancas.

— ¿ Si por casualidad no querrá ceder? dijo para sí Teresa.

Y continuó excitándole, unas veces por medio de la coquetería, otras procurando persuadirle, y otras violentándole con sus chanzonetas; pero Rousseau la conocía, veía el lazo, y estaba seguro de que así que cediese se burlaría de él desapiadadamente Teresa. No quiso, pues, ceder, y se abstuvo de mirar las bonitas prendas que realizaban lo que él llamaba su buen aspecto natural.

Teresa estaba acechándole, pues aun le quedaba un recurso, que era la ojeada que nunca dejaba de darse Rousseau al espejo al tiempo de salir, porque el filósofo era aseado hasta rayar en exceso, si puede haber exceso en el aseo.

Empero Rousseau continuó manteniéndose en guardia, y como sorprendiese la ansiosa mirada de Teresa, volvió la espalda al espejo. Cuando llegó la hora ya había rumiado el filósofo en su cabeza todo lo desagradablemente sentencioso que se podía decir á un rey.

Mientras se ponía las hebillas de los zapatos recitó algunos trozos allá para sí, y en seguida se metió el sombrero debajo del brazo, cogió el bastón, y aprovechándose de un momento en que Teresa no podía verle, estiró la chupa y la casaca con ámbas manos para quitarles los pliegues.

Teresa volvió á entrar y le presentó un pañuelo que él metió en su ancha faltriquera, acompañándole después hasta la meseta, donde le dijo:

— Vamos, Jacobo, ten juicio; así estás atroz, te pareces á un monedero falso.

— Adiós, dijo Rousseau.

— ¡ Cuidado, caballero, dijo Teresa, que os pueden tomar por un ratero!

— Ten tú cuidado con la lumbre, replicó Rousseau, y no toques á mis papeles.

— Os aseguro, dijo Teresa desesperada, que parecéis un espía de policía.

Rousseau nada volvió á replicar; lo que hizo fué bajar la escalera canturreando, y aprovechándose de lo oscura que estaba, cepilló el sombrero con la manga, sacudió la pechera de la camisa con la mano izquierda; y se adornó improvisadamente, pero con inteligencia.

Cuando llegó abajo, arrojó el barro de la calle Platriere pero de puntillas, y se dirigió á los Campos Elíseos, donde estaban situados esos honrados carruajes á que llamaremos pataches por purismo, y que llevaban, ó más bien molían, aun no hace diez años, de París á Versalles á los viajeros que tenían precisión de ser económicos.